



EL CENTINELA

SEMANARIO TRADICIONALISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCION	ADMINISTRACION
EN PALMA, Trimestre. 1 peseta FUERA DE Trimestre. 1'45 » PALMA, Semestre. 2'25 » ----- ULTRAMAR Y EXTRANJERO Semestre. 5 pesetas Número suelto, 10 céntimos.	LIBRERÍA DE PROPAGANDA CATÓLICA I, CALL, I ----- Número atrasado, 15 céntimos. NOTA. El pago de la suscripcion se hará por adelantado.

El Sr. D. Carlos de Borbon y su Augusta R. Familia continúan sin novedad en su importante salud.

AL SEÑOR CARLOS DE BORBON

SEÑOR:

Al presentarnos hoy por vez primera en el palenque periodístico, fija la vista en Dios, tenemos la altísima honra de consagraros nuestro primer pensamiento, á Vos, que sois el único representante de la antigua monarquía española, cuya bandera enarboláis para bien de la Iglesia y de España.

Y, porque Os amamos, ni un momento hemos vacilado en salir á la defensa de vuestra causa, que es la de la Religion y de la Patria, y proclamar muy alto que Vos, y sólo Vos, sois el único que puede salvar á nuestra patria querida, próxima á perecer á manos de los sicarios de la Revolucion.

Nada somos, nada valemus; pero nuestro corazon, que es grande, nos hará hacer cosas grandes; y, si hoy, movidos por nuestras profundas convicciones y ardoroso entusiasmo, nos proponemos defender con nuestra humilde pluma la causa tres veces santa que Vos personificáis, prontos estamos á trocárla por el fusil cuando la Religion lo pida, la Patria lo exija, y el Rey lo mande.

Dignaos, SEÑOR, acoger benigno esta nuestra primera felicitacion, y quiera Dios que pronto, muy pronto, se vean cumplidos los deseos de la España católica: el triunfo de la verdad sobre el error.

Y contad siempre con el entrañable amor que sienten hacia Vuestra Augusta persona los tradicionalistas de Mallorca.

SEÑOR:

A. L. R. P. DE V....

La Redaccion.

EL CENTINELA, como decimos en otro lugar de este número, sale con la autorización del Subdelegado en esta Provincia.

EL CENTINELA

PALMA 14 DE MAYO DE 1887

AQUÍ ESTAMOS

Y en guardia, dispuestos á batirnos con toda clase de enemigos, sean francos ó encubiertos.

No venimos á llenar un vacío.

En el campo carlista no los hay; cada cual ocupa el puesto que le corresponde, desde el Rey abajo, y todos cumplen con su deber.

Los Júdas se van. Los leales se aprietan, y, sin contarse, siguen su marcha con más entusiasmo, si cabe, y con más ardor.

¿Quiénes somos? Nadie lo ignora con sólo anunciarnos. Y, al recibir de manos de *EL Tambor* la bandera que él enarbolará en Octubre de 1884, y que ha sostenido hasta ahora, nos proponemos seguir en todo sus huellas, y defender, hasta donde lleguen nuestras fuerzas, al glorioso partido carlista, único que puede salvar á España de la inminente ruina que la amenaza, y al cual tenemos la honra de pertenecer.

¿Qué queremos? El reinado de Jesucristo en la tierra y el imperio de la Justicia y del Derecho en España.

¿A dónde vamos? En Religión, nos guía la infalible voz del Papa Rey. En política, iremos á donde nos conduzca AQUEL que personifica la santa, la justa, la noble, la poderosa, la altiva y la popular Tradición española. Con él es, nos, porque juró combatir sin tregua á los enemigos de la Iglesia, y limpiar la patria del liberalismo que la corroe y la envilece, y porque prefiere el destierro al oprobio de una victoria debida á la mistificación de los principios salvadores que sustentan.

¿Cuál es nuestra bandera? Es aquella que, tinta en sangre en las márgenes del Guadalete, supieron recoger nuestros mayores, hijos sumisos de la Iglesia, sin que pudiera enlodarla la traición de D. Opas y del Conde D. Julian; aquella que ondeó victoriosa en Covadonga; la que luego santificaron los Recaredos y los Fernandos; la que implantaron despues los Reyes católicos en los muros de Granada; la que más adelante pasearon en triunfo los tercios españoles por Flándes y toda Italia; la que en Lepanto abatió para siempre el poder de la morisma, y nunca dejó de levantarse en defensa de la fe, y, provocadora, humilló en cien y cien combates la audacia de los enemigos de la España tradicional.

A la sombra de esa limpia bandera que levanta nuestro Augusto Jefe, fija la vista en Roma, protestamos, hoy como siempre, morir ó vencer en defensa de nuestro sagrado lema: «Dios, Patria, Rey.»

LA REDACCION.

Creemos interpretar fielmente los deseos de nuestros lectores, dando á conocer una vez más la importantísima carta de D. Carlos á su hermano don Alfonso, como igualmente la alocucion que en 16 de Julio de 1874 dirigió á los españoles, y que viene á ser como el complemento del programa de nuestra comunión.

Como católicos y como españoles, suspiramos por el triunfo completo de la verdad íntegra, y por la rehabilitación y engrandecimiento de nuestra

querida patria, y esperamos que nuestros amigos darán á conocer dichos notabilísimos documentos, á fin de que los incautos que se han dejado arrastrar por el espíritu liberal, vean muy claro dónde está la verdad, y comprendan que don Carlos no es un rey tirano como lo ha pintado la revolucion, sino un Rey noble y caballero, pronto á dar lo que promete, y el único abrigo donde al fin y al cabo tendrán que buscar refugio si no quieren ser víctimas de las salvajes hordas de la revolucion.

CARTA

DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Á SU HERMANO D. ALFONSO DE BORBON

Mi querido hermano: En folletos y en periódicos se ha dado bastante á conocer en España mis ideas y sentimientos de hombre y de Rey. Cediendo, sin embargo, al general veheméntísimo deseo que ha llegado hasta mí, desde todos los puntos de la península, escribo esta carta; carta en que no hablo sólo al hermano de mi corazón, sino á todos los españoles, sin excepcion ninguna, que tambien son mis hermanos.

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme á España como pretendiente á la Corona; yo debo creer, y creo, que la Corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligacion sagrada; mas deseo que ese derecho mio sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligacion, por lo demas, es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas: es morir por él, ó salvarle.

Decir que aspiro á ser Rey de España y no de un partido, es casi vulgaridad, porque, ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degradaría á sí propio, descendiendo de la alta y serena region donde habita la Magestad, y á donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser Rey sino de todos los españoles; á ninguno rechazo, ni aun á los que se digan mis enemigos, porque un Rey no tiene enemigos; á todos llamo, hasta á los que parecen más extraviados, y los llamo afectuosamente en nombre de la patria; y si de todos necesito para subir al Trono de mis mayores, quizás necesito para establecer sobre sólidas é incommovibles bases la gobernacion del Estado, y la libertad verdadera á mi amadísima España.

Cuando pienso en qué deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazón la magnitud de la empresa. Yo sé que tengo el deseo ardiente de acometerla, y la resuelta voluntad de terminarla; mas no se me esconde que las dificultades son imponderables, y que no sería hacadero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del reino, y sobre todo sin el concurso del mismo reino congregado en Cortes que verdaderamente representen todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores.

Yo daré con esas Cortes á España una ley fundamental que, segun expresé en mi carta á los soberanos de Europa, espero ha de ser definitiva y española.

Juntos estudiamos, hermano mio, la historia moderna, meditando sobre grandes catástrofes que son enseñanza á los Reyes y á la vez escarmiento de pueblos. Juntos hemos meditado tambien y convenido en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.

La España antigua necesitaba de grandes reformas: en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido, poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer. Háse intentado crear otras nuevas, que ayer vieron la luz, y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacerse casi todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstrucción social y política, levantando en este país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso, en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No me engaño, hermano mio, al asegurarte que España tiene hambre y sed de justicia; que siente la urgentísima, imperiosa necesidad de un gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado, y que ansiosamente aspira á que con no disputado imperio reine la ley, á la cual debemos estar todos sujetos, grandes y pequeños.

España no quiere que se ultraje ni ofenda la fe de sus padres; y poseyendo en el Catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.

Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el siglo XVI, España está resuelta á comenzar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de union entre todos los españoles.

Cosas funestas, en medio de tempestades revolucionarias, han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron, hay Concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo, y que su Rey sea Rey de veras, y no sombra de Rey; y que sean sus Cortes ordenada y pacífica junta de independientes é incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas ó estériles, de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

Ama el pueblo español la descentralización, y siempre la amó; y bien sabes, mi querido Alfonso, que si se cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar las provincias Vascas á las restantes de España, todas éstas semejarían ó se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas y nobles provincias.

Yo quiero que el Municipio tenga vida propia, y que la tenga la Provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles.

Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar á España lo que no tiene, á pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar á esa España amada la libertad que sólo conoce de nombre; la libertad que es hija del Evangelio, no el liberalismo, que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas; esto es, conforme al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.

Nosotros, hijos de Reyes, reconocíamos que no era el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo; que el Rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un Rey debe gloriarse además con el título especial de *padre de los pobres y tutor de los débiles*.

Hay en la actualidad, mi querido hermano, en nuestra España una cuestión temerosísima; la cuestión de Hacienda. Espanta considerar el déficit de la española; no bastan á cubrirlo las fuerzas productoras del país; la bancarrota es inminente; yo no sé, hermano mio, si puede salvarse España de esa catástrofe; pero si es posible, sólo su Rey legítimo la puede salvar. Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los Ministros, hasta el mismo Rey, que debe acordarse de D. Enrique el Doliente. Si el Rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será llano; suprimir Ministerios, y reducir provincias, y disminuir empleos, y moralizar la Administración, al propio tiempo que se fomenta la agricultura, proteja la industria y aliente el comercio. Salvar la Hacienda y el crédito de España es empresa titánica á que todos debemos contribuir, gobierno y pueblos.

Ménester es que mientras se hagan milagros de economía, seamos todos muy españoles, estimando en mucho las cosas del país, apeteciendo sólo las útiles del extranjero. En una nacion, hoy poderosísima, languideció en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la Hacienda mal parada y el reino pobre; del alcázar real salió y derramóse por los pueblos una moda: la de vestir sólo las telas del país. Con esto la industria, reanimada, dió origen dichoso á la salvación de la Hacienda y á la prosperidad del reino.

Creo, por lo demas, hermano mio, comprender lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en ciertas teorías modernas; y, por tanto, aplicada á España, reputo por error muy funesto la libertad de comercio, que Francia repugna y rechazan los Estados-Unidos. Entiendo, por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar protegiendo es nuestra fórmula. Y por cuanto pareceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en esas teorías, se me alcanza tambien en que puntos lleva razon la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que casi todo lo que hay en sus aspiraciones de razonable y legítimo, no es invencion de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre, y singularmente en el tiempo actual, observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es Rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del prócer; que la ley debe guardar así las puertas del palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas, si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente á todos, y conservar á todos igualmente su derecho, le está bien á un gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa ó indirectamente procurar que no falte trabajo á los pobres, y que puedan sus hijos, que hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

La España antigua fué buena para los pobres: no lo ha sido la revolucion. La parte del pueblo que hoy sueña en la república, va entreviendo esta verdad: al fin la verá clara y patente como la luz, y verá que la monarquía cristiana puede hacer en su favor lo que nunca harán trescientos reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos ó los jefes de los partidos, naturalmente codician honores, ó riquezas, ó imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un Rey cristiano, sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar á ese Rey en el mundo para ser feliz sino el amor de su pueblo?

Pensando y sintiendo así, mi querido Alfonso, soy fiel á las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa monar-

quia española, y creo ser á la vez hombre del tiempo presente, que no desatiende el porvenir.

Comprendo que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España; mas si sale vencedor en su empeño, inmensa será su gloria. Nacido con derecho á la Corona de España, y mirando en ese derecho una sagrada obligacion, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria, y me anima la secreta esperanza de que, con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer muy grandes cosas, y ha de decir el siglo futuro que yo fui buen Rey, y el pueblo español un gran pueblo.

Tú, hermano mio, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese nuestro Rey espiritual, para España y para mí, su bendicion apostólica.

Y á Dios, que te guarde.

Tuyo de corazon, tu hermano

CÁRLOS.

ALOCUCION DE DON CÁRLOS

ESPAÑOLES: Hoy hace un año que desvenainé la espada en defensa de la honra, de la prosperidad y de la grandeza de la patria.

Seguíame entónces un puñado de valientes casi inermes. No teníamos más recursos que nuestra fe, ni más esperanzas que la esperanza en Dios y en la santidad de nuestra causa. El fracaso de anteriores esfuerzos en los campos de Oroquieta contra el duque de Aosta, tan extranjero en España como la república, habia quitado el ánimo aun á muchos que se tenían por animosos.

Pero Dios ha premiado nuestra fe y ha sido propicio á nuestra esperanza. Hoy estoy á la cabeza de un ejército considerable, valiente y disciplinado, que cuenta por sus combates el número de sus victorias. Los mejores generales de la revolucion son testigos de ello: á todos los ne tenido en frente: á todos los he vencido.

Esto prueba que la fe en la fuerza del derecho, me ha dado el derecho de la fuerza. Pero no me impide este derecho, único que pueden invocar los que me combaten, acudir nuevamente al buen sentido de los españoles y á la honradez de todos los hombres de bien.

Cierto que la magnitud y elocuencia de los acontecimientos que en poco tiempo ha presenciado España son tales, que casi hacen inútiles mis palabras. Mi actitud y las benéficas de mis voluntarios lo dicen todo. Prometi solemnemente salvar á España ó morir por ella, y lo cumplo. Y bien sabe el mundo que antes de esto tendí á Mis enemigos la mano en señal de paz, y acepté la lucha parlamentaria, que repugnaba tanto á Mis ideas, como á los deseos de los monárquicos leales: mas cuando el triunfo coronaba la abnegacion de los buenos, la arbitrariedad y la violencia de los vencidos hacian estériles los esfuerzos de los vencedores. La buena fe burlada y la virtud escarnecida clamaron á Mi entónces con gritos de noble indignacion; y Yo tuve que responder á aquellas voces desvenainando la espada de Felipe V.

Creo, sin embargo, que debo decir una vez más cuál es mi pensamiento y cuál el móvil que me guía en esta grande empresa de la Restauracion de España. No necesitan mis heróicos defensores oír de nuevo Mi voz; pero dije en solemne ocasion que Yo era Rey de todos los españoles, y quiero probarlo dirigiéndome á todos, porque quizás los haya que duden todavia de la sinceridad de mis propósitos, y se dejen alucinar por la falacia de mis adversarios.

Nacido y criado en el amor á España, salvarla fué Mi primer pensamiento, y ya no ha sido otro el pensamiento de mi vida.

La ley y la tradicion me hicieron Rey. Por esto y por mantener incólumes todos los principios de la bandera que Colon clavó en el Nuevo Mundo, y en Orán Jimenez de Cisneros, rechazé la corona que me ofrecían los hombres de Setiembre, antes de la batalla de Alcolea. Siempre creí que para perder á España sobaban pretendientes, desde D. Alfonso hasta la república, y que el Rey legitimo debía usar de su derecho, libre de todo compromiso, cuando, como Pelayo, pudiese emprender la gigantesca obra de la regeneracion de la patria.

Un Rey de Aragon, despues de vencer á los rebeldes de su reino, rasgó con el puñal el odioso privilegio de la Union, y este monumento de licencia y anarquia fué sustituido con sólidas y verdaderas cartas de libertad.

Esto quiero Yo: vencer á los rebeldes, rasgar con la espada de la justicia sus privilegios de licencia y otorgar á los pueblos sus cartas de libertad.

Y nadie mejor puede otorgarlas que quien, fiado en el amor de su pueblo, no necesitará para sostener su Trono arrancar á la agricultura y á la industria sus mejores brazos, ni á las madres sus hijos; que ellas los dan con generoso entusiasmo, y ellos acuden siempre á donde su fe y lealtad los llaman.

Lo que significo y lo que deseo, dicho está en la carta á mi hermano el infante don Alfonso y en otros documentos que se han publicado con Mi firma. Y como un Rey caballero no tiene más que una palabra, lo que he dicho, dicho queda, y confirmado y ratificado por Mi

No se arguya que falta claridad á mis palabras. Hombrés fáciles en prometer, pero nunca dispuestos á cumplir lo prometido, no tienen derecho para acusar de ambiguas las declaraciones de un Rey que sólo promete lo que está resuelto á cumplir. Hay principios eternos, inmutables como Dios de quien proceden. Pero hay doctrinas políticas sujetas á la mutabilidad de las cosas humanas y á la variedad de las circunstancias y de los tiempos; y sería temerario empeñarse en compromisos basados en imprevisibles contingencias.

España es católica y monárquica, y Yo satisfaré sus sentimientos religiosos y su amor á la integridad de la Monarquia legitima. Pero ni la unidad católica supone un expionaje religioso, ni la integridad monárquica tiene nada que ver con el despotismo.

No daré un paso más adelante ni más atras que la Iglesia de Jesucristo. Por eso no molestaré á los compradores de sus bienes; y poco há he demostrado, de una manera inequívoca, la sinceridad de esta declaracion.

Celoso de mi Autoridad Soberana, y convencido como estoy de que las sociedades perturbadas necesitan de una mano fuerte que las desembarace de obstáculos el camino del bien, reconozco sin embargo, y he reconocido siempre que los pueblos tienen derecho á que su Rey les oiga por medio de sus representantes libremente elegidos, y la voz de los pueblos cuando la ficcion no la desnaturaliza, es el mejor consejero de los reyes. Quiero, pues, una legitima representacion del país en Cortes, sin que me sirva de modelo el proceder frecuente de la revolucion con esas Cámaras que apellida Soboranas y que la historia llamará engendros monstruosos de la tirania.

Sé que las generaciones se corrompen ó se regeneran por medio de la instruccion pública, y éste será uno de los puntos en que fijaré mi atencion con más exquisito esmero, porque harlo claramente han podido ver España y Europa que sus grandes tempestades se forman en las cátedras y en los libros, para estallar en los parlamentos y en las barricadas.

Largo tiempo há que aflige el ánimo considerar el estado de la Hacienda de España, que será más desastroso cuanto más tarde Yo en subir al trono de mis mayores. ¡Caiga sobre la revolucion toda la responsabilidad de esos desastres! Mas Yo aseguro que si hay poder humano capaz de salvar la Hacienda y levantar el crédito, Yo lo he de conseguir con la ayuda de Dios y el patriotismo de los españoles. Y bien puede esperar, sin vano alarde, en la ayuda de Dios y en su propia perseverancia resolver cuestion tan árdua quien hizo, por la firmeza de su voluntad, que una guerrilla de veinte y siete hombres se convirtiese en un ejército poderoso é invencible que hoy es la admiracion del mundo. De todas suertes, si España no logra salvar su Hacienda, cumplirá como cumple un deudor honrado, y podrá decir en verdad que todo lo ha perdido ménos el honor.

Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energia más que para encarnizarse en los vencidos y atropellar á los indefensos, no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¿No he probado cien veces con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor hallan cabida en mis sentimientos de Rey?

Amo á España como á una hija del corazon; y Dios que ve el de los hombres, sabe que sueño con la gloria de esta hidalga tierra hasta el punto de imaginar, que acaso está destinada á ser la iniciadora de la purificacion de la activa é inteligente raza latina, derramada en ambos continentes como vanguardia indispensable de la civilizacion cristiana. Y amando á España, tengo que pensar en sus ingratos hijos que al otro lado de los mares la combaten ó la escarnecen: hijos cuya ingratitud explican, en cierto modo, los extravíos de la madre; pero que volverán sin duda á la casa de sus mayores cuando la paz y el orden renazcan en ella con vigor al impulso de Mi paternal solicitud.

Ya veis que hoy como ayer á todos llamo, aun á los que se dicen Mis enemigos; los llamo para dar término á esa guerra fratricida y poner mano á los cimientos de una paz duradera. Ceda la ambicion de una minoria siempre sediciosa á la elocuente voluntad de este pueblo que me aclama y me da sin coaccion sus tesoros y su sangre. Pero si el grito de rebeldia continúa, yo le ahogaré con el estampido de Mis cañones. España entera hará un esfuerzo supremo para sacudir el yugo que la oprime, y los que hoy no acepten el signo de conciliacion, tendrán mañana que someterse á la imperiosa ley de la victoria.

Vuestro Rey,

CÁRLOS.

Á LOS NUESTROS

EL CENTINELA saluda cordialmente á todos aquellos en cuyo pecho late un corazon por Dios, por la Patria y por el Rey.

Su título indica la mision que lleva; los importantes documentos que encabezan este número, son su bandera y su programa.

Como la hora se acerca, EL CENTINELA viene á ocupar su puesto; si no por mandato superior, debidamente autorizado por quien lleva la representacion en esta provincia del que manda con título indiscutible en el corazon de los leales.

EL CENTINELA cumplirá con su deber, porque sabe la consigna, y su ojo no confunde á los liberales, sean francos ó encubiertos.

EL CENTINELA asegura lo que dice, porque inspecciona al enemigo al traves de los límpidos cristales con que el insigne Sardá y Salvany montó su incomparable telescopio *El Liberalismo es pecado*.

Aun contando con la precision de tan útil como precioso instrumento, hoy más que nunca la vigilancia es necesaria, porque los mansos del otro bando, una vez descubiertos, temen perder la *posesion de la tierra*, y al mismo tiempo que se agitan exasperados provocando á los fieros para que hagan alguna de las suyas, se amañan para imponerse á los timoratos, sojuzgándolos por temor á aquellos alardes de fuerza, tan impotentes como afectados.

EL CENTINELA conoce el juego, y dará la voz de alerta á sus amigos, para que en toda ocasion, y sea cual fuere la forma del ataque, puedan rechazar á sus adversarios; y, como, por otra parte, quien debe velar no duerme, á EL CENTINELA no le faltarán los avisos necesarios para con la debida oportunidad difundir entre los tradicionalistas la alarma salvadora.

En los tiempos que corremos, los centinelas son de inapreciable valer, porque ya no se lucha, se cela, y los que se presentan con aire más inofensivo, esos llevan ocultas la muerte y la desolacion.

Para ellos todos los medios son buenos, con tal de aniquilar al contrario; y todas las ocasiones son propicias, aunque se multipliquen las víctimas y sean en su mayoría inofensivas é inocentes. Caiga el *designado*; lo demas poco importa.

Y el procedimiento es igual en todos los casos; así se atenta contra la fe, contra la vida y contra el honor.

Contra la fe se levanta el orgullo que, en nombre de la ciencia y en forma de libro, propaga las doctrinas racionalistas, con sus negaciones y sus dudas desesperantes, frías, que á la postre matan en los corazones las creencias religiosas, las doctrinas católicas, que son la paz del alma, la esperanza del triste, y el consuelo de los desgraciados.

Contra la vida de sus semejantes se levanta la desmedida ambicion, que engendra el odio, y conduce á la iniquidad; y, como el orgullo, busca en la ciencia los medios para aniquilar al que considera obstáculo que se opone á la satisfaccion de sus apetitos; y, para mayor sarcasmo, forja los proyectiles en forma de libros, dándoles á comprender con esto á qué extremos nos conduce la ciencia racionalista, el progreso moderno, la Sociedad sin Dios.

Y, por último, atentan contra el honor y la paz de la familia todos los que bruscamente, ó con refinada cortesía, se divorcian de la Iglesia; porque, á título de emancipacion, distingos y diferencias con capa de deferencias, sólo engendran concupiscencias, cuya explosion es tanto más desastrosa, cuanto mas profundo y disimulado sea su fervor.

La experiencia nos demuestra con lógica abrumadora que, si la lepra no pudo llegar al corazon, corroe los principales miembros de la sociedad. La vida existe, pero enferma y repugnante. Para sanar el cuerpo es necesaria la amputacion de los miembros corrompidos, y ello ha de ser pronto y sin vacilacion; y ¡ay de nosotros, si aun damos oídos á esos curanderos que con paliativos nos ofrecen la salud, porque en este caso la muerte es cierta, segura la condenacion!

Contra ellos importa principalmente la vigilancia. Arma al brazo los espías EL CENTINELA para dis-

pararles á la primera insinuacion; y por este medio, á la par que se inutiliza al enemigo, se infunde la alarma en el campo de los no contagiados, y éstos se aprontan á la lucha, y en la brecha los encuentra el invasor.

Animo, pues, tradicionalistas. Preparaos, y á la menor señal, duro en ellos. Entre tanto, vivid relativamente tranquilos, que EL CENTINELA esta alerta.

Á LOS RESABIADOS DE LIBERALISMO

Amigos míos, un apretón de manos.

Aquí me tenéis, CENTINELA en el campo católico-tradicionalista.

Baja es mi condicion, humilde mi porte; un pobrecito CENTINELA, ni más ni menos, ni menos ni más.

Tradicionalista por conviccion, salgo á defender como buenamente pueda, salgo á propagar segun mis alcances lo permitan, la salvadora, la inmortal, la patriótica bandera en cuyos pliegues lucen con arboles de gloria estas tres mágicas palabras: *Dios, Patria y Rey*.

En otra parte de este número queda ya explicado nuestro programa: nuestros amigos saben que la sinceridad y la honradez son la norma suprema de nuestros actos.... Intimamente convencidos de la bondad de nuestros principios, seguros con certeza indestructible de poseer la verdad, daríamos Dios sabe cuánto porque todos nuestros enemigos de buena fe, todos nuestros enemigos honrados, que sin duda los hay, entrasen en sí mismos, y, depuesto todo prejuicio, desnudos de toda prevención, hicieran un esfuerzo, esfuerzo supremo, para conocer la verdad, y abrazarla desde luego sin vacilaciones, sin fluctuaciones, sin zozobras: les pedimos que sean fieles al testimonio de su conciencia, que sean sinceros, que no es mucho pedir, tratándose de hombres honrados. Hacemos este llamamiento á aquellos hermanos nuestros que, sintiendo lo mismo que nosotros, odiando á la Revolución lo mismo que nosotros, amando al Papa lo mismo que nosotros, trabajando por el triunfo práctico del reinado social de Jesucristo, se separaron de nosotros, yéndose á engrosar las filas de la *Union Católica*. Para éstos hablamos, á estos nos dirigimos, diciéndoles con toda la dulzura y caridad de que somos capaces: ¡Eal, amigos nuestros: lo pasado, pasado. Entre nosotros y vosotros había diferencias en el modo de apreciar las cuestiones político-sociales, nuestro criterio no era el mismo respecto de esta funesta herejía moderna, la gran herejía de los tiempos modernos: el Liberalismo. El Apóstol catalán, el preclaro Dr. D. Felix Sardá, á quien vosotros seguramente amasteis un tiempo, pues para no haber amado á campeón tan exímio, se necesita amar muy poco á España y tomarse muy poco interes por la propaganda católica, escribió un librito: *El Liberalismo es pecado*. Nosotros lo celebramos mucho, vosotros no tanto: hasta os incomodasteis contra Sardá....

El Liberalismo es pecado se sometió á la censura de un Tribunal supremo: vosotros lo denunciasteis. Todos sabemos de qué tribunal se trata: La Sagrada Congregacion del Indice. Vosotros apelasteis á este tribunal; no podéis, por tanto, rechazar ni poner en duda su competencia. Ya lo sabéis: las resoluciones de este tribunal obligan en conciencia. Es verdad que no son infalibles; pero son soberanas. Mientras el Papa, cuya autoridad delegada tienen, no las anule, no las repruebe, regla son, norma deben ser para todo buen católico.

Pues bien: este tribunal altísimo, este tribunal venerando, ha dictado fallo: ha declarado que en ese libro de Sardá no sólo no hay nada contra la sana doctrina, sino que su autor merece alabanza, porque con argumentos sólidos, con orden y claridad expuestos, defiende la sana doctrina en la cuestion que se propone dilucidar. El fallo no puede ser más explícito, más terminante.

Ahora bien: vosotros decís que sois católicos, y queremos suponer que no mentís; decís que no que-

réis más norma que la que Roma os señala; vosotros apelasteis á Roma para que hablase y resolviere la cuestion, y efectivamente la ha resuelto: *Roma locuta, causa finita*. Atras el amor propio, atras los respetos humanos, atras todo miramiento mal entendido: acatad la voz de Roma, cesen nuestras divisiones, acábense nuestras diferencias, fenezcan nuestras discrepancias. El librito de Sardá es un código, es un programa completo; allí está todo: lo especulativo y lo práctico. Todo lo sustancial respecto al liberalismo está allí: allí se tratan y se resuelven las cuestiones que debatíamos, los puntos que nos separaban. Roma ha declarado que Sardá defiende la sana doctrina; se acabó, pues, la cuestion para todo católico de veras: sea un hecho la union, la paz entre los católicos. Nosotros la deseamos, la anhelamos ardientemente; suspiramos por ella, la pedimos á Dios con todo nuestro corazon. Rogamos con mucha instancia al Sagrado Corazon de Jesus que nos conceda gracias eficaces, abundantísimas: á vosotros, para que abracéis las enseñanzas de Sardá, que Roma declara verdaderas; y á nosotros, para que no impidamos vuestro retorno, para que no retardemos, para que no hagamos dificultosa la union entre todos los católicos que aman á Dios y al Papa sinceramente, que apetezen sinceramente el triunfo social de la causa católica. Animados de estos deseos, con estos propósitos, nos presentamos en el estadio de la prensa. El librito de Sardá será nuestra norma, á él nos atendremos, sus enseñanzas serán nuestras enseñanzas. Ya no hay lugar á dudas, á vacilaciones, á suspension de juicio. *Roma locuta, causa finita*. Roma ha hablado, se acabó el pleito.

Este estado de espíritu os deseamos, á vosotros que formasteis en las filas de la *Union Católica* y que os dignáis leer nuestras páginas. Esta resolucion, este propósito os deseamos, y pedimos al Señor que os lo infunda: el considerar desde hoy como verdadero y sano cuanto dice *El Liberalismo es pecado*: el guiaros por él, y no querer más norma ni más regla que él. Así os demostraréis hijos sumisos de la Iglesia, hijos obedientes, respetuosos, sinceros y honrados.

Mucha alabanza merece Sardá por haber escrito su libro; mucha más, me atrevo á decir, mereceréis vosotros, si de hoy en adelante os merece el mismo concepto que ha merecido á la Sagrada Congregacion.

Quod scripsi, scripsi. Hasta el número próximo.

DISPAROS

El primero de nuestros deberes, al dirigirnos al público, es elevar el más respetuoso y sincero saludo á nuestra primera Autoridad eclesiástica, providencial y dignamente representada por nuestro queridísimo Prelado, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Jacinto M.^a Cervera. Antes católicos que políticos, protestamos la más incondicional sumision, no ya á las prescripciones, sino aun á la simple insinuacion de nuestro buen Pastor.

No sería completo nuestro integrismo, en nuestro criterio político, á no fundarlo sobre las máximas de conducta cristiana. Para nosotros es principio fundamental el respeto y obediencia á la Autoridad, porque no la hay que no venga de Dios.

Una vez cumplida esta nuestra primera obligacion, réstanos saludar cariñosamente á todos nuestros queridísimos colegas del continente que con un valor sin igual defienden los sagrados fueros de la verdad y de la justicia.

Reciban todos el fuerte abrazo que á traves de los mares les envía hoy EL CENTINELA, y cuenten siempre con las escasas fuerzas del nuevo soldado que por primera vez tiene la honra de formar parte de esa falanje periodística que tan alegres ratos hace pasar al Augusto desterra lo, y que es la continua pesadilla de la prensa liberal.

Como mallorquines, saludamos tambien á la prensa local, sin distincion de colores ni matices.

Leemos.

«Encabritóse el caballo que montaba la Regente. Esta enfrenóle y no hubo novedad.»

Gracias sean dadas á Dios.

Una graciosidad de *El Imparcial*:

«*La Fe* habla del *chim chim* de las músicas militares que hacen correr á las gentes en busca de buen sitio cuando salen á la calle los soldados.

Cuando corren los carlistas no es cuando las músicas militares hacen *chim chim*.

Es cuando los fusiles de los soldados hacen *pum pum*.»

Muchas gracias, señor *Imparcial*.

Pues, sin quererlo, ha dicho V. una verdad de á folio.

El *pum pum* de los fusiles, hace correr á los carlistas.

Pero detras de los liberales.

DOCUMENTOS IMPORTANTES

Cuando leí en el semanario *Rigoletto* el artículo titulado *La prensa carlista y las elecciones*, escribí particularmente á su director y propietario que no me parecía bien que, con el pretexto de ensalzar recientes organizaciones, se censurara la conducta del R... y sus Delegados en tiempos no lejanos, pues esto era un desacato á la autoridad, y por lo tanto le encargaba suplicara á sus compañeros de Madrid no copiaran el referido artículo.

Hoy lo veo reproducido en otro periódico tradicionalista, *La Juventud Carlista*, lo que motiva la presente comunicacion para que la prensa de la region del Centro y Cataluña sepa que tendré como desacato á la autoridad, las censuras á determinadas épocas de la jefatura del Sr. Duque de Madrid y á las personas que cumpliendo con un deber ineludible, siguieron sus instrucciones.

Que de repetirse este caso, condenaré al periódico que cometa la falta y permitiré á los demas puedan defender su conducta en dichas épocas y á personas queridas y de feliz recordacion.

Lo que comunico á todos los periódicos de mi region, para su conocimiento y obediencia.

El Delegado del Centro y Cataluña, *Francisco Cervera*.

«Sr. Director de *El Intransigente*:

Muy señor mío: Con esta fecha digo al propietario de *El Diario Católico* lo siguiente:

Hay un sello donde se lee: «Delegacion del Centro y Cataluña.»

»Con el epigrafe: *Una carta interesante publica* »V. en el número 2496 de *El Diario Católico*, una »firmada por D. J. Bosque, cuyo contenido me obliga á condenar el periódico que la ha acogido en »sus columnas y hecho suya.

»Excuso decir á V. las razones en que fundo mi »condenacion; pues V. da á entender en el comentario á la citada carta, que la condenacion ha de »venir justa y necesariamente.

»Desde este momento, pues, dejo de considerar »á *El Diario Católico* como periódico tradiciona- »lista, esperando que harán lo mismo todos los que »de leales se precian.

»Dios guarde á V. muchos años. Zaragoza 29 de Abril de 1887.—El Delegado del Centro y Cataluña, *Francisco Cervera*.

»Sr. Propietario de *El Diario Católico*.

En su consecuencia, ordeno á todos los periódicos de la region de mi mando y suplico á los del resto de España, retiren el cambio á *El Diario Católico*, y espero que todos los tradicionalistas se negarán en absoluto á ayudar en poco ni en mucho á la publicacion que acaba de rebelarse contra la autoridad del R... y sus delegados.

Dios guarde á V. muchos años.—El Delegado del Centro y Cataluña, *Francisco Cervera*.

ADVERTENCIA

Siendo muchas las personas que, ya por descuido, ya por ignorancia, no nos han avisado para continuar sus nombres en la lista de nuestros queridos suscritores, nos hemos tomado la libertad de remitirles el primer número de nuestro Semanario, confiados en que no rechazarán nuestros humildes trabajos, encaminados todos á defender la religion y la patria. Por lo tanto, seguiremos mandándoles los números siguientes, mientras no avisen lo contrario; esperando que todos se servirán pagar anticipadamente la suscripcion, á fin de que puedan recibir sin retardo EL CENTINELA.